

LOS MONJES Y LA MUJER

Dos monjes tibetanos peregrinaban de un monasterio a otro atravesando pueblos y valles. De pronto, se encontraron a la orilla de un río que bajaba en crecida. Parada al borde del agua, una mujer se lamentaba de que nunca podría atravesar sola al otro lado. Sin decir nada, el monje más corpulento cargó con la mujer en sus hombros y, con paso decidido, cruzó el río revuelto y llegado al otro lado dejó a la mujer en el suelo que, después de agradecerle efusivamente el gesto, prosiguió su camino.



También los monjes reanudaron su peregrinar en silencio. El compañero, más menudo y joven, no salía de su asombro. Había contemplado atónito cómo se saltaba una de las normas sagradas de todo consagrado: *No tocar una mujer*. Toda la tarde estuvo dándole vueltas en la cabeza, entre la indignación y la vergüenza: *¿Cómo se le había ocurrido? ¿Es que se considera mejor que la Ley? ¿Qué iba a pensar la gente si la mujer lo cuenta? ¿Y si llega a conocimiento de sus superiores?...*

Caminaba entre murmullos, sin atender al camino, cuando el monje más corpulento lo detuvo y le dijo:

- Escucha bien, hermano. Yo cargué con la mujer y cometí un acto impuro, ¡es verdad! Yo dejé a la mujer a la orilla del río, pero tú, ¿no la estás cargando todavía?

1, 2 y 3

Muchos cuentos de tres personajes como éste están pensados para subrayar el comportamiento del 3º. Es ahí donde tenemos que mirar. Por eso, revive el proceso del joven monje.

- ¿Con qué te identificas?
- ¿Se te re-mueve algo por dentro?
- ¿Qué sacas con vivir doliéndote de los demás y anclado en el pasado?

Recuerda... ¡Mirada y ojo blando! ¡Vive el presente!